

# ALBUM DE LA JUVENTUD.

Periódico Científico y Literario.

LOS PRODUCTOS DE ESTA PUBLICACION SE DEDICAN EXCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

## LA CARIDAD.

El águila romana cubría con sus alas á la tierra. El mundo entero era un caos de libertinage y corrupcion de luchas horribles, de confusas y misteriosas creencias. El mundo entero cual un jóven fogoso é insensato se adormecía muellemente en brazos del deleite, arrullado por los cánticos de las pasiones mas inmundas. El goce era su lema. Su Dios era el placer. Epicuro su legislador supremo. *Su liturgia se hallaba escrita por la mano del voluptuoso Anacreonte.*

En las encrucijadas mas oscuras de las ciudades y á los pies de las estátuas de los héroes, era arrojado con frecuencia por las jóvenes el fruto de sus amores criminales. Con frecuencia tambien un grito lugubre y desgarrador como el quegido de un moribundo, era lanzado al espacio exhalado por alguno de esos seres infelices oprimidos bajo el férreo yugo de la esclavitud y del dolor. Mil veces se miraba alguna familia honrada y laboriosa, pero hambrienta y desdichada, tender hácia los hombres sus brazos descarnados, implorando un asilo á su infortunio.

Pero estos gemidos desoladores, estas protestas enérgicas y estos humildes ruegos de la virtud y la desgracia, del sufrimiento y la inocencia, son apagados por los lúbricos y tumultuosos coros que allá en las salas del banquete entonan los poderosos muellemente recostados sobre sus ricos lechos de oro y de marfil.

Pobre y anciano esclavo de cana cabelle-  
ra y de arrugado rostro; tu, cuyo pecho se

halla abrasado por la fiebre y agoviado tu cuerpo octogenario por la edad y sufrimientos, cesa de exhalar tus prolongados ayes; cese tambien de respirar tu corazon por los pasados tiempos de libertad y de alegria; cesa de recordar las caricias de tu esposa y de tus hijos, la sombra de tus bosques y el rio de tu patria. ¿La guerra no ha decidido ya de tu vida? ¿Tus sábios y filósofos no te han dicho que el esclavo no es un hombre? Cesa, pues, de desgarrarnos los oidos con tus ayes; cesa. Empuña tu espada de dos cortes, y mientras que tu dueño benigno saborea en sus doradas copas los ricos vinos de Chipre y de Falerno, tiñe con tu sangre envilecida la alfombra de sus plantas poderosas; pero guárdate de que tu mano deslallecida no pueda sostener entre sus dedos tu defensa; ¡ay entonces de tí! porque tu cuerpo incendiado servirá por las noches de luminosa antorcha en los jardines; ¿piensas que acaso en tan terribles instantes se hallará á tu lado algun compasivo mortal que enjugará tus lágrimas y te animará con las dulces espresiones del consuelo?

Familias proletarias, sobre cuyas cabezas baten sus negras alas la horfandad y la miseria, tended vuestros debilitados cuerpos y vuestros macilentos rostros sobre el pavimento de las plazas públicas y al pie del vestibulo de los suntuosos palacios de los *Aticos*. ¿Creis que os prestarán un miserable techo bajo el que podais guareceros del frio y de la lluvia? ¿Creis que alguna mano bondadosa os arrojará un miserable mendrugo con que aplacar vuestras hambrientas lauces?

Pobres recién nacidos, ¿á qué venis á esta mansion de luz y vida? ¿Creeis que vuestro débil vagido encontrará eco en el corazón de alguna madre cariñosa? ¿Creeis que un beso maternal depositado sobre vuestros pequeños labios hará calmar vuestro continuo lloro? ¿Creeis que alguna bondadosa matrona os tenderá sus brazos trémulos de amor y de ternura para oprimiros contra su pecho compasivo? No; el traficante griego y el romano envolviéndoos en su manto de avaro os conducirán á su albergue tenebroso, y allí, despues de un sacrificio horrible, os dedicarán á cien usos execrables que la naturaleza entera reprueba y abomina.

¡La enfermedad y la vejez, el hambre y la horfandad, no tienen en la tierra un solo apoyo á que acogerse.! Sus padecimientos son despreciados por los príncipes, los ricos y los sabios.! El código fundamental de los corazones mas virtuosos solo encierra en sus páginas estos solos preceptos: «Sed fuertes, y posean vuestras almas la prudencia y la templanza.»

Pero desde lo alto de las mansiones celestiales descende hácia la tierra el Unigénito de Jehová, esa esperanza aguardada con ansiedad tan grande por aquellos que aun conservaban en sus pechos algun destello de las lejanas tradiciones. ¡Pequeño y delicioso pueblo de la pintoresca Galilea, Nazaret, rodeado á manera de corona por ondulantes bosques de palmeras, y cuyas verdes montañas poblaban acinados los magestuosos cedros, tu fuiste la cuna de aquel que fue prometido por el Eterno á nuestros primeros padres cuando asombrados y confusos lloraban su pecado bajo las *magestuosas sombras del Edem*.! En su descenso á la tierra, velado por el manto del misterio, los veinte y cuatro ancianos vertieron sus perfumadas copas, (1) los ángeles pulsaron sus arpas de oro y los espacios azulados resonaron con los armoniosos acentos de este celeste himno:

«*El* que con su mirada abate los cielos y disipa las nubes, *aquel* que tiene á sus pies la luz y las tinieblas, *aquel* que apoyado so-

bre los querubines marcha á través de los espacios infinitos sobre las rápidas alas de los vientos; *el* que desde lo alto de su trono habla á los mortales por el espantoso rugido de los truenos; *aquel* ante cuyo rostro esplendoroso el astro de la luz no es mas que una débil y moribunda chispa; *aquel* que creó todas las cosas y por cuya voluntad subsisten, descende hoy hácia el valle de los llantos. ¡Hosanna, hosanna, honor y gloria á él solo!

»Él va á propagar sobre la tierra una religion toda amor, toda ternura; él va á gritar á los oídos de los poderosos y de los sabios atónitos en su presencia: «Dios es uno; vástagos de un mismo tronco, todos los hombres, sois hermanos; amaos los unos á los otros, como os ama aquel que os formó en un principio de la nada.» Este Dios de redencion y de consuelo abandonará su forma divina para tomar la figura de un mortal. *El* va á encarnar en las entrañas de una virgen mas pura que la azucena de los valles; nacerá bajo una choza derruida; el dolor y las iurias sembrarán de amargura su existencia. Solo serán sus escogidos los pobres y los humildes; los hambrientos y los perseguidos; enjugará las lágrimas del huérfano y la viuda; despreciará el oro y las riquezas; y sus miradas solo atenderán á la bondad del corazón. Los fuertes y los sabios le tenderán asechanzas y la tierra será regada con su sangre preciosa; pero sus palabras no se borrarán jamás de las almas de los hombres; sus palabras resonarán en el mundo por toda la eternidad de los futuros tiempos. ¡Hosanna, hosanna, honor y gloria á él solo.!» . . . . .

Jesucristo apareció en el mundo, y su mision produjo, como la vid, frutos de suave olor; fue como planta cuyos manojos de flores derraman por el suelo la abundancia y la alegría. Los afligidos levantaron entonces sus manos al cielo, y sus labios lanzaron apasionados gritos de contento, porque el divino acento de su voz hacia que los paralíticos se irguiesen sobre sus plantas robustos y perfectos, porque manifestaba un profundo amor hácia los niños, esas delic-

(1) Apocalipsis.

das flores que comienzan á brotar en el árido desierto de la vida. porque resucitaba á los hijos de las viudas y á los hermanos cariñosos, porque acogia bajo su manto al pecador arrepentido de sus culpas, y en fin, porque los ministros de sus gracias eran solo unos débiles y miserables artesanos.

Jesucristo murió.

Su religion se propagó de polo á polo; sus enviados solo sabian proferir á los hombres estas sencillas arengas: «Cuando el fin de los siglos haya llegado, el hijo del hombre se presentará á vuestras atónitas miradas rodeado de todo su poderío y magestad; entonces el dirá á los que deban gozar eternamente á su lado de las dulzuras de los cielos:» «Venid, hijos queridos de mi padre, yo tuve hambre, y me proporcionasteis alimento; tuve sed, y me alargasteis la bebida que refrescó mis labios; iba errante y solitario y me hospedasteis bajo vuestro techo; iba desnudo y me proporcionasteis vestiduras; estuve enfermo y calmasteis mis dolores: venid, oh predilectos de mi padre; pero ellos responderán admirados:—Os rogamos, Señor, nos digais cuándo con vos hicimos todo eso.—Vosotros lo ejecutasteis con los que lloraban en la tierra, y todo aquel que haya dado de beber por amor mio una gota de agua á algun desventurado, en verdad os digo que no perderá su recompensa.»—Mortales, tened pues fé y confianza en sus promesas, y la caridad no se aparte jamás de vuestros corazones.

*Caridad, caridad*, espresion divina. tu eres el bálsamo de consuelo, que al partir de este valle de los llantos. derramó el que es Dios de redencion y de ternura. Desde que la misteriosa armonía, que tu nombre esparce, resonó por el ámbito del globo, su faz alfombrada antes de espinas y de abrojos se trocó en amenojardin de perfumadas rosas. Merced á ti, cuando el anciano solitario yace gimiendo en el lecho del dolor el ángel de consuelo, ese ángel de rubia cabellera y de nevadas alas, desciende entonces de la mansion de la alegría, y penetrando en su estancia envuelto en un rayo de la

luna, pronuncia á su oido una sola palabra que hace que la sonrisa se pinte en el semblante del anciano. *Caridad, caridad*, ¿sabes cuál es esta mágica palabra? *caridad*, pues, es tu nombre. Si; el anciano contempla desde entonces rodeado su lecho por personas cariñosas que aliviarán sus padecimientos y que le arrullarán con los recuerdos de su patria y de sus hijos, arrebatados por la muerte en la primavera de sus años. Merced á ti las familias sumidas en la orfandad y en la miseria tienden sus brazos á los hombres y estos las vuelven á los tiempos de su felicidad y su alegría. Merced á ti tambien, ¡oh caridad! los niños recién nacidos, pobres pájaros sin madre que los cubra con sus alas, encuentran en tus benéficos asilos mil cariñosas vírgenes, que hacen que se deslice su existencia sin que adviertan la falta del amor y caricias maternas. *Caridad*, tu no solo derramas sobre estos séres las gotas de tu benéfico rocío. Las orlas de tu manto enjugan tambien las lágrimas de aquellos. cuyos pechos no oprimen la enfermedad ni las miserias, pero cuyo corazon se halla herido por las calumnias y amarguras con que el mundo los abruma.

*Caridad, caridad*, nombre divino. tu eres el bálsamo de consuelo y de esperanza, que al partir de este valle de los llantos derramó aquel que es un Dios de redencion y de ternura.

AURELIANO VALDES ACHUCARRO.

### CREENCIAS ASTURIANAS.

La relacion de las creencias que antiguamente en el hogar paterno entretenian y eran admiradas en las largas noches de invierno por los hijos de la romancesca España, van perdiéndose en un caos, y en vano la pluma del curioso trata de sacralas del olvido en que yacen sepultadas.

La voluptuosa Perí del Oriente; la hechicera de la Francia que habita los arruinados castillos; las atolondradas Frairies de las montañas de Escocia, que bailan por la noche á la luz de la luna y estravian de su camino al pobre aldeano; las Fées y las Ondinas de la sensata Alemania; la Banshel da la Irlanda que predice gimiendo la muerte de la familia á quien por lazos misteriosos está unido: [tadas ellas, todos esos seres] que participan de la naturaleza de los espíritus, los encontra-

mos tambien en nuestra Asturias, en el fondo de sus bosques, en los riscos de nuestras montañas, ó bien vagando entre las ruinas de sus antiguos castillos. Las xanas, las huestias, los ñuberos, el moro, son una fuente inagotable de poesia.

Consagraremos algunas páginas de nuestro periódico á dar á conocer á nuestros lectores las leyendas y tradiciones del pais.

Las xanas son unas ninfas hermosas, blancas como la nieve, que coronan las altas montañas de Asturias; sus cabellos de oro caen en rizados por su cuello; sus negros ojos tienen un brillo que fascina, y su diminuta y desnuda planta vaga lijera, ora sobre las picudas rocas, ó ya sobre los punzantes espinos que crecen en los desiertos bosques. Cuando alguno las llega á ver, lijeras como el céfiro que acaricia las delicadas flores en la dulce primavera, vuelan á esconderse en las recónditas cuevas. Huyen del silencio de la noche, y solo cuando la alborada va apagando los sublimes fulgores de las estrellas, salen de sus grutas; asi cuando en el Oriente aparece el astro del dia, corren tambien veloces á ocultarse. Las xanas suelen tener sus cuevas siempre á la orilla de un límpido arroyuelo, ó junto al sitio donde brotan los cristales de una fuente; no falta tambien quien asegure que en el fondo de los mismos rios tienen sus grutas, y que en ellas crecen las delicadas rosas que exhalan dulcissimos olores, á la par de la espinera llena en invierno y en el verano de su aromática flor. Los ruiseñores, el mirlo y la calandria, revolotean entre ellas arrullándolas con sus dulces gorgoros, y los rayos del sol, penetrando por las aguas, alumbran su florida estancia.

Las xanas se ocupan todo el año en tejer madejas de oro: en las mañanas de San Juan salen todas juntas, llegan á la orilla de una fuente y las lavan allí con los blancos copos de espuma que se forman al chocar la corriente contra las orillas de su arenoso cauce. Este dia no huyen como todos á la salida del sol; al contrario, tienden sus madejas para que las seque con el calor que despiden su abrasado disco. Poco á poco con su influencia van tomando un brillo particular: mientras esto sucede, las xanas coronadas de rosas danzan festivas alrededor de ellas. Con el cansancio un vivo carmin colora sus mejillas, y aquel carmin bajo el negro de sus ojos y sobre su tez tan blanca, las hace aparecer mucho mas bellas y hermosas. Cuando el sol ha secado sus madejas, gozosas las recogen y se encaminan á sus grutas; entonces en cada sitio donde al andar posan su lijero pie, nace una flor que se conoce porque exhala de su corola una esencia mucho mas delicada que la de las demas flores. ¡Afortunado el hombre que tenga la dicha de encontrar una de estas y llevarla siempre sobre su corazon; en todo aquel año los disgustos no acibarán su venturoso existencia! En una montaña en que al lado

de una fuente hay una gruta de xanas, sucedió que un pobre labriego llegó á ella, guiado por la curiosidad y por el ansia de coger una de esas mágicas flores. Escondido bajo un corpulento roble esperó la mañana; las xanas salieron, lavaron sus madejas, las tendieron, danzaron en torno de ellas y luego se dirigian á su gruta. El labriego se quedó estupefacto al contemplar su hermosura, y hasta tal punto se sorprende, que quebrantando el propósito que llevaba de permanecer escondido, dio un paso hácia ellas. Las xanas le vieron y escaparon; él que en una flor queria buscar su felicidad, ni reparó en donde aquellas hermosas ninfas en su huida ponian su diminuto pie. Llegaron junto al roble y junto á él manaba una solitaria fuente; á su borde se elevaban unos espesos matorrales, y allí tenían las xanas su cueva; penetraron por su abierta boca, pero tan de prisa, que unas á otras se impedian la entrada; entonces nuestro hombre se abalanzó hácia ellas cogió un hilo de una madeja, las ninfas escaparon, y él devanaba, devanaba sin interrupcion un gran ovillo de oro; cuando este se hizo bastante grande se le enredó la hebra en un espinó; en tan apurado trance el labriego clamó un ¡ay Dios mio! y como por encanto el hilo se rompió, los matorrales se juntaron, y él quedó gozoso con su enorme ovillo que le hizo rico por toda su vida y feliz si en el oro consiste la felicidad.

No se encuentra fuente por lo regular en donde no haya una ó mas de estas ninfas. Todas son á cual mas hermosas; siempre suelen llevar su cabellera de oro sujeta con una cinta formada de variadas flores. Algunos otros casos, que como el que hemos presentado ya han sucedido, y entonces observándolas se ha notado que entre ellas habia una que aventajaba á las demas en estatura; esta no danzaba con ellas, sino que risueña las miraba, y al pasar las demas por delante de ella, hacian una pequeña inclinacion, á que respondia con otra igual y con una graciosa sonrisa: esto ha dado motivos á creer que entre las xanas hay una que tiene en algun modo dominio sobre las demas. En las huidas siempre va la primera marcándolas el camino. A esta la suelen llamar la *xana mayor* ó la reina de las xanas.

Tomás Agüero.

—•••••—  
**LOS DOS BALCONES.**

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

**GUILLERMO ESTRADA.**

—•••••—  
Amar despues de la muerte.

CALDERON.

Me agradan mucho los narradores de cuentos y aventuras; muy casuales, que en el farrago de

sus recuerdos no se encuentre un entretenimiento agradable. No me habéis de un cuento escrito; es insulso, frío y despreciable; se necesita tener mucho tiempo que perder para seguir y desenredar la intriga. En realidad, generalmente las frases son muy correctas, muy depuradas; pero todo indica en ellas trabajo y ciertas pretensiones, que no tiene el verdadero narrador, el cual se sienta cómodamente, habla con naturalidad, y nos interesa tanto por la franqueza como por la verdad de sus palabras.

Si habéis conocido al doctor L... no podéis menos de confesar que era un hombre simpático, y que el escritor que se ciñese á reproducir sus pensamientos y sus delicadas anécdotas, tendría mucho que hacer. Voy á contaros la última historia que me refirió.

I.

Era un hermoso día: no sé que idea me impulsó á ponerme á bordo de una linda goleta, y dejé á Marsella dirigiéndome hácia las islas Baleares. Cuando distinguimos la punta Norte de la isla de Mallorca, el tiempo era soberbio. Nuestro navio rozaba las oleadas con la agilidad y lijereza de las gaviotas que venian á descender á nuestro alrededor. El claro de la luna era magnífico: sus rayos brillaban en el mar, que nos reflejaba además el resplandor de las estrellas y las luces del fósforo. Mucho tiempo recordaré aquella hermosa noche, aquellas horas de calma y de silencio, y las vagas sensaciones de poesía y tristeza, que llenaban mi alma. La ciudad de Palma ocupa el fondo de una bahía oculta por la punta Sur de la isla. Es necesario doblar este cabo para entrar en la rada. Hácia las cinco de la mañana percibimos distintamente la parte Oeste de la bahía, y pasamos bastante cerca de la costa para poder contar las casas de campo, y distinguir los habitantes. Esta costa toda verde, está cubierta de naranjos y de sicómoros: de cuando en cuando se encuentran esos castillejos morunos que dan á la España una fisonomía tan pintoresca. Por el contrario la costa Oeste está poblada de molinos de viento. Por fin pasamos bajo los fuegos de una batería rasa y dimos fondo.

La ciudad se presenta bajo un aspecto original; las casas enrojecidas por el sol parecen estar construidas en ladrillo. La gran iglesia de San Agustín, lanzando atrevidamente sus bóvedas hácia el Poniente, domina toda la ciudad y la da un aspecto serio é imponente. Pero la vista no se satisface completamente: agradaría mas ver casas blancas con terrados, que se destacaran unas de otras juntándose con jardines; agradaría mas reemplazando con construcciones ligeras esos grandes edificios regulares antiguos conventos de hermandades religiosas: entonces Palma se mostraría al viajero, propia, coqueta y graciosa y parecería salir de su golfo para reanimarse al

sol. Ahora es necesario visitarla, penetrar lentamente en el centro de sus calles para descubrir una tras otra sus gracias ocultas. Se entra con indiferencia en este pueblo engañoso y se sale con sentimiento.

Vino hácia nosotros una embarcación; salté sobre su cubierta.

—¿Vamos á tierra, caballero? Esta pregunta me fue dirigida por el patron de la lancha. Respondí mirando hácia la ciudad: le hice varias preguntas en muy mal español sobre lo que me chocaba mas, y me sorprendió la facilidad con que se espresaba, por lo que recorri rápidamente su persona. Era un hombre de talla elevada, moreno, seco y vigoroso á pesar de su edad. Sus facciones eran finas pero duras; sus ojos tenían una lijeza casi permanente, sus cabellos eran grises, su traje propio y muy sencillo, sus maneras fáciles. Un largo gorro catalán cubria su frente; remaba con energía y guardaba un profundo silencio. Entretanto yo construía con gran trabajo algunas frases comunes, pero mi barquero me sacó de apuros.

—¿Cuál es el nombre de la goleta? me preguntó en frances.

—La *Josefina*, contesté, encantado con este nuevo descubrimiento en mi guía tan precioso para mi.

Al oír este nombre el batelero sonrió amargamente: luego continuó:

—Hace mucho que estais en el mar?—Hace cinco días.—Y venis de Marsella?—Justamente.—Si pensais permanecer algunos días en Palma os ofrezco mis servicios como intérprete y como cicerone.

—¿Sois frances acaso? repliqué impulsado por una curiosidad impolítica, pero disculpable.

—He nacido en Paris.—Entonces somos compatriotas. En país estrangero un compatriota es casi un amigo: se habla la misma lengua, se tienen recuerdos comunes. Acepto, pues vuestros servicios.

El marinero bajó la cabeza y me interrumpió bruscamente diciendo:

—Estoy á vuestras órdenes.

Habíamos llegado al desembarcadero. Algunos buques de comercio estaban anclados, y se perdian completamente en la inmensidad de la rada. El marino atracó su lancha, saltó lijeramente en tierra y me tendió la mano. Cinco minutos despues llegamos á las puertas de la ciudad.

Reconoced la España, me dijo mi guía, en esta multitud de conventos y de mugeres encubiertas. Nuestra hermosa Francia es mas alegre, verdad?

—Convengo, repliqué, pero para un curioso esto es muy original.

—Si, dijo tristemente, para un curioso que viene á pasar aquí un día y á quien llevará mañana la *Josefina*, teneis razon, caballero todo,

esto es original y entretenido. Despues añadió:

—¿Cuándo marchais?—Mañana á las cuatro, respondi.

—Tenemos, pues, que darnos prisa para no olvidar nada. Ese gran edificio á nuestra derecha es un antiguo convento; se ha hecho de él una caserna; en él se depositaron los restos del cuerpo de ejército del general Dupont despues de la capitulacion de Bailen. Si, caballero; seiscientos bravos estuvieron hacinados en esa casa y solo salieron para ir á perecer sobre la roca de Cabrera.

Hablaba con fuego; luego deteniéndose de repente:

—Olvidemos estas desgracias: estamos en la calle de la Reina, añadió, y me mostraba al mismo tiempo dos balcones delicadamente esculpidos. Se sentó en un banco que habia en la pared de enfrente, y contempló aquellos balcones con una curiosidad que escedia á la mia. Bajaba y levantaba su hermosa cabeza de cuando en cuando, y su rostro tomó una espresion de tristeza difícil de pintar.

*(Se continuará.)*

**EL AGUILA IMPERIAL.**

SONETO.

De Bonaparte al belicoso acento  
Que á los pueblos y reyes conmovia,  
El Aguila imperial, en la vacía  
Region lanzóse con furor violento.

Al sol en la mitad del firmamento  
Con su hoesca garra detener queria,  
Su nido hacerle y á la par del dia  
Abarcar á la tierra en un momento.

Mas deslumbrada por sns mil victorias  
Sobre mi patria se arrojó, que altiva  
Y coronada de esplendentes glorias  
Se alzó blandiendo el centellante acero  
Que sus alas cortó... y del mar cautiva  
*Espiró en el sepulcro del Guerrero.*

Oviedo. = Febrero 10 de 1853.

*Gumersindo Laverde Ruiz.*

**DESENGAÑO.**

*Ah! por qué me robaste  
La calma encantadora  
Las horas placenteras  
De mi primera edad?  
¿Por qué, si no me amabas,  
Mentiste abrasadora  
Llama de amor, que hielo  
Solo era en realidad?*

*(UNA POETISA ASTURIANA.)*

No llores, pobre niña,  
La pena que en tu alma  
Un tierno amor mentido

Por siempre ya dejó;  
Que alteran los recuerdos  
Del corazon la calma,  
Si á la memoria vuelven  
La dicha que pasó.

Si un día venturosa  
En brazos de un amante  
Gozaste sus caricias  
Con ciega fé en su amor,  
No mas, abandonada  
De aquel hombre inconstante  
Te entregues sin consuelo  
A tu febril dolor.

Tu no eres la primera  
Que en plácidos ensueños  
Formara allá en su mente  
Un ser puro ideal,  
Del hombre fementido  
Que en tiempos tan risueños  
Amaste con delirio  
¡Ay triste! por tu mal.

Escucha de mi labio.  
Por un solo momento,  
Aunque desgarradora,  
La fria realidad;  
Y si con mis palabras  
El alma te atormento,  
Por mas que son amargas  
Encierran la verdad.

En un jardin ameno  
Mil flores delicadas  
Suavísimos perfumes  
Esparcen en redor;  
Son unas purpurinas,  
Las otras nacaradas,  
Y nadie alli distingue  
La mas hermosa flor.

Versátil mariposa  
En torno de ellas vuela,  
Y todas ellas forman  
Un punto su ilusion;  
Aquel girar incierto  
Su afan ya no consuela  
Y en una flor tan solo  
Se fija su ambicion.

Bien pronto la circunda  
La blanca mariposa,  
La estrella y remontándose  
Sobre ella se meció;  
Desciende luego rápida  
En ella al fin se posa,  
Y el aguijon mortífero  
En la infeliz clavó.

El aura de la tarde  
Desátase libiana  
Y al pie del tallo deja  
Las hojas de la flor:  
La mariposa gira  
En torno de otra ufana  
¡Ay niña! y la primera  
No existe; qué dolor!

Ese jardin es el mundo.  
Y esas flores las mugeres,  
Y entre ellas, niña, tu eres  
La que agostó la pasion.  
Como las auras libianas  
Aquella flor deshojaron,  
Sin ilusiones dejaron  
Los hombres tu corazon.

*Mariano Castaño Alberú.*

## A. E. G. EN SUS DIAS.

### SONETO.

Mi corazón palpita de alegría,  
 Y en mis venas la sangre se enardece,  
 De encantos en un piélago se mece  
 Mi alma, al saludarte en *este día*.  
 Cual tierna flor en la enramada umbria  
 Se abre al sol, cuando apenas aparece,  
 Y de matices mil varios le ofrece  
 La pompa, que la viste, y su ambrosía,  
 Así mi corazón abrí lijero  
 De tu amistad al rico y gran tesoro  
 Desde el instante que te vi primero.  
 Deleites y placer en vez de lloro  
 Que fue siempre mi amargo compañero  
 Tu me diste, y por eso YO TE ADORO.

Ramon Huerta Posada.

## LA CADENA MAGNETICA.

A los que duden de los rápidos adelantos hechos en este siglo llamado por nosotros del vapor, y que nuestros sucesores llamarán probablemente del *humo*, podríamos presentarles entre otras mil pruebas de su equivocación, los progresos del magnetismo animal. En efecto, aun no habian pasado muchos años desde que el doctor Mesmer, (tachado de charlatan por la Academia de Paris de su tiempo) habia puesto en planta sus famosas teorías, cuando ya se habia inventado el medio de hacer innecesarias sus cubetas y sus varillas metálicas, consiguiendo por medio de sencillas pasas ejercer la influencia magnética, que segun Dumas, *libra al alma de los lazos de la materia, haciéndola vagar por las regiones espirituales de la clarevidencia, la adivinación y la omnisciencia*: aun no ha pasado un siglo y ya los Estados- Unidos dieron á conocer al órbe civilizado el medio de comunicar movimiento por medio del magnetismo á objetos inanimados.

Siguiendo un orden establecido hace muchos años, apenas se publicó este descubrimiento en los periódicos franceses, fué acogido con entusiasmo en Madrid; apenas se publicó en los periódicos de Madrid, se acogió con entusiasmo en las provincias. La nuestra, esencialmente novelera, no tardó en practicar un experimento tan fácil en su ejecución, hoy tan fecundo para la *aloyeria* en sus resultados. Así es que en los cafés, en las tertulias, en las posadas de los estudiantes, en todos los sitios donde se reunia gente, y hasta en el seno de las familias, todos se ocuparon en hacer walsar las mesas, los veladores, los cajones, los sombreros, las cestas, los platos: esto era poco, y las conversaciones se ocuparon de un estudiante en quien el magnetismo causara un ataque de nervios espantosos; de una señorita que se habia

vuelto loca, de un ciudadano que habia querido contrariar el movimiento magnético de una regadera, empeño que hubo de costarle la vida; esto era poco aun, y el magnetismo llegó al mas alto punto de interes cuando se supo que los muebles magnetizados contestaban á las preguntas que se les hacian; cuando se aseguró que una sortija, ó una llave de un reloj, suspendidas de un cabello, quedaban convertidas en pitonisas, que no necesitaban mas tripode que ser introducidas en un vaso para adivinar el presente, el pasado y el porvenir.

Deseoso de ser testigo de algunos de esos prodigios, me dirigí una de estas noches á casa de una señora amiga mia, donde se iba á celebrar una cadena magnética. Cuando llegué, ya media docena de jóvenes de ambos sexos habian puesto manos á la obra, ó mas bien, manos á una cesta colocada sobre un veladorcito, que se habia desechado por estar cubierto de hule, cuerpo muy mal conductor del fluido: apoyados en los principios del Dr. André, habian alejado del círculo á las mamás, para que no *estorvasen* la circulación de las corrientes. Dirigía la operación, con el reloj en la mano, un señor mayor, perteneciente á la secta de los creyentes, que yo llamaria mejor de los crédulos; el cual antes de llegar allí acababa de presenciar una porción de prodigios magnéticos. Habia allí tambien una solterona, que en su interior se encomendaba á Dios, creyendo que en las cadenas magnéticas intervenia el diablo (en lo que acaso tendria razon). Hacia ya 17 minutos que estaban en tan variado ejercicio, aunque esta dilación provenia de que una señorita habia roto involuntariamente la cadena para arreglar la manteleta, y el fluido se habia escapado, porque uno de los jóvenes habia juntado sus pies con los de su vecina.

—No se acerque V., no se acerque V., me gritó el director apenas entré en la sala, tan alarmado como si hubiese tratado de llegarme á una serpiente. Obedeci su insinuación y procuré observar desde lejos.

—¡Qué pesada es esta cesta! exclamó de allí á poco una de las señoritas de la cadena, ya mayor de edad y bastante desgraciada de figura, aunque yo no sé si lo que la *pesaba* era lo largo de la operación, ó la conversación tirada y *setto-voce* que tenian sus vecinos con las jóvenes inmediatas.

—¡Cá! replicó el director, si no hace mas que 19 minutos que se empezó.

—Es que V. aseguró que era cosa de cinco, observó una de las mamás.

—Por lo mismo ya deben tardar muy poco.

—Acaso consistirá, añadió la señorita de antes, en que no será bueno hablar mientras la operación.

—Si, eso es sin duda, dijo el director, mejor será que callen Yds.

Yo, respondió uno de los muchachos que hablaban, estaba convenciendo a esta señorita, de que ejerce mucho magnetismo sobre la...

—Bueno, bueno, interrumpió el director; pero basta de charla.

Las conversaciones particulares cesaron; pero en seguida todos dieron señales de fastidio, porque la inmovilidad de la cesta continuaba.

—¡Cómo se ha de mover! añadió el director á poco rato, si lo está impidiendo este señor. Ya le he dicho á V. que los pies han de estar separados.

La señorita mayor de edad se sonrió con esa sonrisa maligna peculiar de las mugeres. La joven vecina del interpelado estaba encendida, y su mamá arrugó el entrecejo.

—Ya se mueve, ya echa á andar, gritó el joven para sofocar este incidente, y en efecto echó á andar (el joven). Nos apresuramos á quitar las sillas, y la cesta dió dos ó tres vueltas.

—Cuanto siento, exclamaba el director enternecido por el entusiasmo, no poder causar estos efectos. Querrá V. creer, añadió en tono magistral dirigiéndose á mi, que la linfa que me produce mi obesidad me impide ejercer la influencia magnética? Cuantas veces me puse á ello, á pesar de conservar la mayor inmovilidad, nunca conseguí, ni sentir nada yo mismo.

—Lo creo, lo creo, le contesté.

Entretanto la solterona se habia retirado á un rincón murmurando:

—Si fuera en mi juventud, cuánto tendria que hacer el Santo Oficio con tales brujerías.—Las mamás interesadas en el fenómeno se habian acercado á ver la cesta, que continuaba girando, pues el magnetismo se habia desarrollado perfectamente.

—Mándenla Vds. ir mas despacio ó mas deprisa, dijo el director. Armóse entonces tal algaravia de «aprisa, despacio, alto» que la pobre cesta debia verse en un apuro, hasta que predominó sobre las demás la fuerza... de voluntad del joven que habia ocasionado el movimiento, y la cesta se meneó á su arbitrio.

—Ahora rompan Vds. la cadena por un momento.—Así se hizo, y la cesta quedó inmóvil; pero en seguida se negó á reanudar la pareja habladora, prestando cansancio y mareo, y se retiraron á un lado á continuar su interrumpida conversacion.

Me coloqué yo en su lugar, con lo que se arregló todo menos el movimiento de la cesta. A los tres ó cuatro minutos sentí mis brazos cansados, y traté de doblar los codos sin romper la cadena; este movimiento produjo un ligero crugido en la cesta, que fue acogido con un entusiasmo imposible de describir: yo callé, porque no me gusta desilusionar.

La cesta continuaba inmóvil. El director entonces llamó al joven de antes, que ya estaba mag-

netizado, el cual bien á pesar suyo abandonó su sitio y formó cadena delante de mi. A los pocos segundos la cesta estaba otra vez en movimiento.

—Bien! exclamó el director, V. es la causa de esto. Debe V. ser muy nervioso.

—Oh! mucho, dijo el muchacho, que era regordete, encarnado y alegre como unas pascuas. El director tenia razon; era tanta la influencia de aquel joven, que aunque rompí la cadena levantando por un momento y sin que nadie lo viese uno de los meñiques, la cesta continuó andando.

Tratose entonces de hacer preguntas; esperiménté que salió maravillosamente, pues la cesta levantándose del lado en que yo estaba, y hundiéndose en el del joven nervioso contestó exactamente cuántas personas estaban sobre ella, cuántas habia en la sala, que hora era, etc. Contestó tambien poco mas ó menos la edad de las muchachas, (las mamás y la solterona esquivaron esta pregunta); escepto á la señorita mayor de edad, á la que quitó seis años por lo menos, pero ella y todos nos dimos por satisfechos de que decia la verdad, incluso el director, que quedaria muy persuadido de que las cestas adquirian por el magnetismo sentimientos de urbanidad y galanteria.

Ocurrióseme á lo mejor hacer la siguiente pregunta:

—¿Cuántos cigarros tiene mi petaca?—El joven magnetizador por escelencia, me miró con una espresion indefinible que yo no quise comprender. Repetí á poco mi pregunta, y la cesta empezó á dar golpes que yo contaba impasible, hasta que al llegar al decimosexto me eché á reir y la cesta se detuvo.

Saqué mi petaca (petaca de estudiante) que solo contenia dos de esos trozos de caoba que espenden en los estanquillos por seis maravedises.

Este golpe inesperado produjo un conflicto magnético, que todos trataban de espiar menos yo que salí de la casa persuadido de que, así como la fé en religion puede hacer que se trasladen las montañas, la fé en el magnetismo puede hacer que giren los muebles.

EL MISÁNTROPO.

ADVERTENCIA.

Por falta de espacio nos hemos visto precisados á retirar hoy un artículo del Sr. D. N. C. Caunedo, redactor tambien de este periódico, titulado *Recuerdos históricos de Oviedo*, que comenzaremos á insertar en el próximo número.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Oviedo por un mes 5 reales, por tres 12. Fuera por tres meses 14 rs

Se suscribe á este periódico en la imprenta y litografía de Brid, Regadera y Compañía

1853.

Imp. y lit. de Brid, Regadera y Comp., calle de San Francisco, núm. 1.